

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, DOMINGO 12 DE MAYO DE 1895

Num 5.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi Víctor Jerez

SECRETARIO DE REDACCION:

Isaías Gamboa

Co-REDACTOR:

J. Antonio Solórzano

Medallones

ERNESTINA URRUTIA

La fuerza irresistible y tiránica que tienen sus grandes ojos, de un color verde, color de hoja de laurel empapada de rocío, no lo tienen ningunos otros ojos, que yo conozca. Como ella mira, atrevida, régiamente, sólo miró Venus ó la altiva Cleopatra. Fulgura en ellos el amor y tienen el poder de deslumbrar, de hacer rendirse al mortal en que esos soles fijan sus rayos.

Y luego... El conjunto es opulento. Un cuerpo es el suyo, propio para una estatua de diosa helénica: haría una Libertad asombrosa, una Victoria, que ni soñada. En el bronce, resaltarían glorificadas esas formas altivas y llenas.

Es Emperatriz. Yo acato su despotismo; yo me prosterno ante esa reina que posa la suela de sus zapatillas sobre una alfombra de corazones sangrados y se recoge airosamente el extremo de su manto de immaculado armiño, para no mancharlo con el lodo ruin en que nos encenagamos.

Para el fondo de una medalla de honor, su perfil hierático. Llevando el casco bronceo, sería una Minerva; suelta la cabellera, despejada la frente, sonriente el labio, sería una La Valière, pero con más gracia, con más aristocracia, más bella aún, que aquella rosa del invernadero regio de los reyes de Francia.

Ah! ¡Que pase ella, sobre su carro victorioso, entre las salvas y los vítores! Arrojaré mi escudo para que las ruedas lo quiebren en mil pedazcs!

La aristocracia suma, el refinamiento regio de la princesa, que es flor de una corte, el *chic* de la *miss* inglesa y el *esprit* de la damita francesa, están en ella, que es flor en la corte esplendorosa de nuestras bellas, reina que preside un desfile triunfal.

CONDE PAÚL.

—***—

Teatro Nacional

DIVORCIÉMONOS

La noche del jueves se etxrenó la Compañía Julibert, que nos promete en sus anuncios una buena temporada. Entramos ya á la vida del teatro, es decir, se nos ha abierto esa puerta cerrada de tiempo atrás, y Julibert, el buen don Ramón, nos ha dicho: "Entrad.!" Y hemos aceptado con gusto esa invitación galante. No iremos ya, con el primer toque del reloj que da las diez de la noche á la cama, á dormir, por falta de distracción; no, echándonos al hombro la capa y bajándonos el ala del sombrero, no iremos á correr amorcillos, ni iremos al café á charlar y tomar *whisky*. Ahora, con las últimas notas de los conciertos de las bandas militares en el parque Bolívar, nos vamos camino del Teatro. ¡Salve, joh tu, amable mago Julibert, que has matado nuestro hastío y traes para nuestras noches tristes y pesadas una ráfaga de alegría!

El estreno de la *troupe* ha sido brillante. Debes regocijarte, Julibert. El público, que tiene amabilidades y furores, á su vez, ha ido, á sorber ese vaso de buen vino que tú les ofreces: *Divorciémonos*. Un vinillo demasiado fuertecito, cargado de alcohol; pero saludable, regozante. La blanca tiqueta lleva una valiosa y conocida marca, en el mundo de los bastidores y de las letras: Victoriano Sardou.

Digo: el estreno ha sobrepasado á lo que nosotros nos imaginábamos.

El desempeño de *Divorciémonos* me ha parecido bueno. La señora Rodríguez de Buxens, es una distinguida artista. Ha sabido en esa noche, en ese papel en que puede una artista buena lucir tesoros de gentiles y hacer chispear su gracia y brillar su hermosura, digo, ha sabido estar á una altura no común; pero no ha llegado á ese punto precioso en que desaparecería ella, para convertirse en Cipriana, hija legítima de *papá* Sardou. Luego nos ocuparemos *in extenso* de esta simpática artista.

Buxens, él es que sabe ya cómo se va tranquilo en su barca sobre un mar agitado. Está avezado á esa vida de teatro y sabe conducirse en las tablas con un aplomo y una soltura pro-

pías, muy adecuadas. Nada de timidez, ni vacilaciones. La voz, el recitado, el accionado todo denota "al viejo lobo" de las tablas, como diría alguien por allí. Se nos ha presentado ahora en la comedia, y esperamos verlo en el drama, donde vestirá su levita propia y sabrá llevar, como debe llevarse, el *ulster* de pieles del caballero de mundo. En la comedia me parece un *clubman*, que aburrido de la vida del casino, sale un día y se va á la casa de unas tías de provincias. La soltura del mundano, la facilidad y galantería, del joven del *sport* se manifiesta siempre: el medio ambiente es otro. Sin embargo de todo, pasa Buxens por la comedia, como pasa un señor por la puerta de su casa y que se sienta á la mesa de su familia y charla con sus amigos y riñe á sus creados porque rompen un plato ó desparraman sobre el mantel intachablemente blanco la tasa de thé que la "señora" pide.

El caballerito Adhemar Gratignan, es decir entre nos, el señor Banuét, estuvo bien, aunque el tipín remilgado, el vividor parisiense que corre aventuras y juega á la ruleta con dinero ageno y acecha á la mujercita del *primo*, no estuvo tal como nosotros lo esperábamos, con más aplomo y más felicidad. Sin embargo, le doy mis aplausos y le felicito. A través de la tela del *frac* se descubre á un artista que... *irá lejos*, como dicen los franceses alegremente.

Soledad Curiesis es un lindo *bijoux*, una frágil y delicada porcelana de salón. Tiene una carita de virgen y una voz que parece que ya se deshace en notas y se desgrana en ritmos: llega hasta tocar, ¡la muy atrevida!, la punta del palacio donde mora, entre liras, entre arpas, entre almas de notas apagadas y harpegios difuntos, el soberbio Rey de la Harmonía. Voz que ritma y que taconeá llena de locura y tiene antojos y puerilidades de niña mimada. Ah! Se me olvidaba decir: la señorita Soledad, (¡bonito nombre, hé, Julibert amigo?) ... es ... ¡Vamos! ¡Una artista guapa que sabe estar ante un público y sabe domar á ese "monstruo de dos mil cabezas."

Pero... Larga va resultando ya la cosa... ¿Una lijera nota teatral y esto toma forma de artículo ya? Deje Ud. amigo que loquee la imaginación, deje Ud. á esa "señorita azur" que borde en el aire sus caprichos.

Y para concluir, hago también partícipes de mis entusiasmos de *amateur* á los señores: Hurtas, (Mr. Clarignan); y á las señoras: Acevedo, (Madame Brionne) y Blanco (Josefa).

La velada se cerró, cantando la zarzuelilla "Música Clásica," la señorita Curiesis y los señores Buxens y Banuét. - Exito: bueno. Maestro director: señor don Manuel Aléu. Orquesta: aceptable.

Las partes de la Compañía que esa noche trabajaron fueron bastante aplaudidas. Al finalizar el tercero y último acto de "Divorciémonos," la Rodríguez de Buxens, Buxens y Banuét, fueron objeto de una ovación. ¡Que esos aplausos sean los que sepan conquistarse siempre los queridos artistas!

CONDE PAÚL.

En Mayo

Es el mes de las rosas. Sus copas
Al sol balancean las lilas floridas,
Azahares gotea el naranjo
Y en oro se bañan las verdes colinas.

¡Oh, mi amada! ¿no oís cómo en torno
En lira se cambia la rama que vibra,
Y se enarca y columpia, y nos manda
Un soplo de esencias en ráfagas tibias?

El Amor es quien pasa y nos dice:
"En la copa bebed, sin medida,
Que enardece á los tristes poetas
Y hace amar á las pálidas niñas."

VICENTE ACOSTA.

Dominicales

Con las primeras lluvias, llega la Primavera. Abril corrió el *portier*, y anunció, en voz alta, como un correcto ujier, á la "buena señorita" que ya llegaba, sí, que tiraba del llamador, que esperaba impaciente en el vestíbulo.

Ahora, Abril pasó. En pleno Mayo estamos. Primavera impera ya.

Bajo la caricia húmeda de la lluvia, los árboles del parque Bolívar van reverdeciendo. Ese trozo de *verdura* en medio de la aridez exasperante de la ciudad, es de una nota delicada. Reverdecen los naranjos: están ellos de fiesta y esperan que entre su hojarasca tierna haga su explosión de vida la salva de los azahares. Los rosales de los jardines se cuajan de botones; los claveles revientan, llenos de salud; se cubre de manchas blancas el *floripundio* y los altos cocoteros, regios coraceros, cimbrean sus anchas palmas, que como enormes abanicos son, para refrescar el rostro de una enorme emperatriz nubiana. Pero no hay golondrinas. Todo vuelve, todo renace. Pero ellas no retornan con la "nueva primavera." Mano profana las arrojó del árbol que hospedaba á las coquetuelas, y, lejos, tal vez, piensan, sienten quizaz honda nostalgia por este pedazo de *verdura*, por este oasis, adonde vamos nosotros en las tardes, en busca de aire fresco y perfumes sutiles y por las noches, en busca de un poco de alegría y de bienestar.

A la caída del día, el cielo se encapota, se cala su holapanda de brumas y la tarde se acuesta sola, quieta, sin escuadrones de nubes irisadas ni vaguedades de rosas, ni cendales ambarinos. Se acuesta temerosa. Cierra el balcón y corre las cortinillas, porque teme al Sol. Ah! Ese don Juan, es un gran curioso. Por el agujero de la llave, tal vez chispee el ojo travieso que se recrea con las formas llenas y altaneras de la doncella. Por eso no se despide de nosotros como en primavera; se va callada, lenta, como devota que va al

templo á oír la misa de madrugada, y se echa entre las sábanas y colchas sin que nadie la vea. Cuando ya duerme, bajo su balcón, pasa gimiendo la Noche, envuelta en tocas luctuosas y manto de sombras. A través del espacio serpea el relámpago y la nube negra y espesa se desfleca en lluvia.

Nosotros, abajo, bendecimos la lluvia, porque ella nos trae la alegría. Llueve! Las gotas menudas y continuas repiquetean en nuestros cristales: oímos, desde nuestro lecho, bien arropados, con el libro ó el diario de la tarde en las manos, el tabletear de los rayos y el ruido, apagado por el de la lluvia torrencial, de los carruajes que ruedan sobre los empedrados, salpicando de lodo el asfalto limpio de los andenes. Y nos dormimos, arrullados como niños, por esa canción monótona.

Luego....La mañana amanece limpia, azul, húmeda. El cielo ha arrojado su capa de brumas y se ostenta limpio, irreprochable, luminoso, como una lámina bruñida. Y el jardín respira frescura. Sube de la tierra un olor de humedad, un fuerte hálito de tierra mojada. Los follajes, empapados aún, goteantes todavía, brillan con temblores cristalinos, al amor de los suaves rayos del sol que nace radiante y feliz. El broche de la rosa, es urna de rocío. El lirio erguido, ha recogido en su copa intacta, el néctar blanco que libará con ansia la mariposa traviesa y el gorrión, cuyo plumaje tiene cabrilleos de conche-perla. El pájaro, posado en la rama cubierta de retoños y llena de perlas de agua, adula al rey Sol, que da la vida. Todo entona un glorioso salmo.

Bien venidas las lluvias primeras, porque ellas traen la vida nueva para los campos, las flores para las macetas agostadas. Bien venidas, porque ellas nos traen á Primavera, y para las almas, hastiadas ya, traen la eflorescencia de las esperanzas y de las ilusiones.

El Aviso del domingo pasado, trajo una esquela de luto. En su patria, en su hogar, ha dejado de existir Jorge Isaacs, el que en prosa exquisita, llena de sentimiento y ternura, supo contarnos la historia sencilla y dolorosa de María; el que supo encerrar en la prosa más llana y olorosa como una gardenia nueva, fresca como un ramillete de campánulas silvestres, el poema más tierno de un amor. Ha muerto; es decir, el poeta se ha ido al paraíso á buscar á su María. Va á implorar la limosna de aquellos labios que sólo supieron besar á las rosas, de aquellos labios rojos que sólo supieron posarse, cariñosos, en el plumón suave de la paloma casera. Ha dicho "¡adiós!" á los humanos, el viajero coronado de mirthos, puesto el pie en la barca negra que le esperaba, atracada, á la orilla del vasto mar de la nada. Va bogando entre nieblas. A lo lejos, sus ojos descubren las luces parpadeantes de la Venecia fantástica, donde se refugian las almas huérfanas. Y las olas abaten la barca, que

sigue, sigue impertérrita, rompiendo la lámina oscura de las aguas. El mar está negro; el cielo lleno de sombras; el enorme Aqueronte, que lleva el timón de la nave, va meditabundo, adusto el ceño y mira el horizonte con la serenidad de un marino avezado. Y el poeta sonríe. Lleva retratada en el rostro esa alegría indecible del que ve realizados al fin sus deseos. Va Efraín blondo en busca de la novia blanca, que mató el amor.

Recordad esos amores. Abran de nuevo sus manos, señorita, ese libro encantador. Vuelvan á embriagarla esos perfumes sutiles que parecen que los despide el libro, pero que nacen del corazón. A través del jardín, va la modesta virgen, vestida de saya azul, con los pies descalzos, recogiendo rosas en su delantal. Las rosas son para el altar de la Virgen María, y esas rosas jamás se marchitan. Las alienta, las riega el rocío purísimo de una alma buena. María no deja morir á esas almitas de rosa. No hay nieve en esa montaña verde; el viento llega hasta la blanca casita, amansado, humillado; el jardín siempre está floreciente y siempre hay blancas palomas en los aleros rojos y golondrinas en los naranjos aromosos. María no morirá. Es ella la rosa aquella del poemita sutil de Catulle Mendés, que, viva, fresca, sonriente, se conservaba en medio de la inmensa llanura llena de escarcha. No morirá María, porque esa imagen la guardamos en el santuario blanco de nuestra alma, á donde van á parar los recuerdos buenos; y ese santuario no se abre casi nunca: no puede ese perfume evaporarse, porque el pomo no puede destaparse jamás. La sonora esquela de ese campanario misterioso, canta gloria cuando á él entra un nuevo devoto. Nada más. No celebra fiestas. El sacerdote duerme en el viejo confesionario, con el libro de oraciones entre las manos....

....*Dios te salve, María*.....

Y nube de incienso brota de un incensario invisible. ¿Será que oficia alguien?

Los que hemos leído á *María*, los que hemos pagado á Isaacs toda su amabilidad de artista, con el premio de nuestras lágrimas, no podemos menos que vestir de luto el alma, que es á la que se viste toca negra cuando se llora al que se fue. En el rosal de mi alma, busco rosas luctuosas, mirthos de duelo, caléndulas de oro, para ofrendarlas á esa lejana tumba, que cobija el cielo de Colombia y arrulla con su música fúnebre un grupo de cipreses luctuosos.

CONDE PAÚL

Jeremías Martínez

Por telegrama recibido de Chalatenango en la oficina de "El Fígaro", el día 9 á la una de la tarde, hemos sabido que á las 12 del mismo día nos abandonó para siempre nuestro querido amigo, el sentimental poeta cuyo nombre va al frente de estas líneas.

Jorge Isaacs

El autor del idilio más hermoso de América, no existe ya.

El genio caucano, que arrancó la nota más tierna de la lira del corazón, ha muerto.

¡Oh *María*, si es cierto que estuviste en el mundo; si en verdad fuiste tú la que inspiraste ese libro inmortal que lleva tu nombre; si eras virgen humana enamorada del poeta; si bajaste á la tumba pensando en él, regocíjate, que tu Efraín amado vuelve á ti!

Regocíjate tú, mientras nosotros le lloramos.

Y vosotras ¡oh aves canoras de las selvas del Cauca! lanzad al viento las notas más tristes, llenad los bosques con los más fúnebres ayes, porque vuestro poeta ha muerto!

Y vosotros, jóvenes amantes, vírgenes pálidas y enfermas, que llorasteis por *ella*, por *María*, llorad por *él* ahora, que él ha muerto también!

*

Abro el libro de páginas de oro, y hoy, al leerlo, me parece más triste que la primera vez.

Creo percibir entre sus hojas algo así como aquellas esencias que se escapan al abrir un cofrecito de recuerdos, en que hay flores secas, y rizos de cabellos, y cartas perfumadas.

Leo, y pienso con desesperación y con tristeza, que el que aquello escribió, que el que aquello sintió no existe ya.

Leo, y pasan por mi mente nostálgica, reminiscencias dulces y lejanas, de una época feliz.

La ilusión en sus brazos me lleva á la alta cima desde donde se contempla el pasado.

Allá aparece el Cauca, de bellezas eternas; la casita de campo de mis padres: y el idilio mío, la escena más bella de la historia de mi alma, se me representa como un cuadro apacible, herido por los fulgores del recuerdo. . . . El sol había traspuesto el pico más elevado de la sierra. Estábamos en el jardín; yo leía con voz trémula tu libro bellísimo ¡oh poeta!—ella, llorosa y tierna, la cabeza en mi hombro, escuchaba en silencio. . . . Tu *María* nos reveló los secretos del corazón; ella nos enseñó á querernos, é hizo asomar á nuestros ojos las primeras lágrimas.

Perdóna ¡oh cantor de las bellezas de mi nativo suelo, que tal vez ya nunca veré yo!—perdóna que mezcle á tu recuerdo esos recuerdos míos.

Tu idilio siempre fue el pretexto de todos los amantes, y el confidente de todos los dolores.

Bajaste al sepulcro, ceñida la frente con "la corona de lágrimas" que formó el sentimiento para ti.

Descánsa en paz!

*

Dad sombra cariñosa á esa tumba ¡oh sauces de mi patria!

ISAÍAS GAMBOA.

Ensueño

Serena era la noche. Por el cielo salpicado de estrellas argentinas una blanca mujer atravesaba, sobre nubes de rosa sostenida. Llevaba en la siniestra una corona de hermosas siemprevivas y en la diestra, cubierta de crespones y con las cuerdas rotas, una lira. Parpadeaban llorando los luceros al mirarla pasar. Y la seguían enlutados arcángeles que tristes entonaban solemnes elegías.

Al llegar al zenit, la misteriosa puerta se abrió, y apareció, circuida por un halo de luz esplendorosa, una cándida niña, por lo bella y lo casta, á una virgen del Cauca parecida.

—¡Oh Musa del Dolor y la Tristeza ¿Dónde está mi Efraím? ¡Dame su lira! ¡Esa lira cubierta de crespones y con las cuerdas rotas! . . .

—¡Oh María!:

tu Efraím, tu ternísimo poeta traspasó los linderos de la vida terrenal; su alma pura, desligada del cuerpo, va tranquila, y en raudo vuelo hacia el lugar dichoso, allá donde tú habitas.

Recibe la corona de laureles, adornada de blancas siemprevivas, y esta lira harmoniosa que dió notas dulcísimas.

Y al recibir las prendas adorables aquella hermosa niña, se oyó un suspiro que llenó el espacio, y en medio de las dos ví que surgía la figura apacible del poeta, que lentamente ascendiendo iba, al son de las antífonas de gloria, en brazos de su Musa y de *María*, hasta perderse en el azul del cielo salpicado de estrellas argentinas!

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO.

Nuevo libro

El chispeante *Oberón*, el inimitable *Sigma Yota Kapa*, nuestro amigo Salvador Carazo, se decidió al fin á hacer una edición de sus aplaudidos trabajos.

La Imprenta Católica de Santa Tecla está encargada de la impresión del libro, la que de seguro será magnífica, como todo lo que en ese ya conocido taller se trabaja.

Nos alegramos infinito. Un nuevo laurel se ceñirá á su frente el autor de *Anent Calcos*.

Bien por la literatura salvadoreña.

Viñetas

A Carlos Díaz Dufó.

Una tarde de verano, á la hora en que el sol moría y el cielo semejaba una inmensa turquesa con irizaciones de ópalo, en pleno parque, entre flores, bajo el dorso eglógico de un limonero descabellado, y del que brotaba un ruido como el de esponjar de alas, yo he visto á una novia morena, de ardientes ojos negros, dar á que su novio, un garrido mozo rubio, le mordiese los labios húmedos y temblorosos.

El la decía:

—Cuánto te amo!

Y rodeándole la cintura con su brazo fuerte de atleta joven, la apretaba contra su pecho con fuerza y desgranaba sobre la frente orgullosa de la muchacha, una sarta de besos, sonoros como estrofas, vibrantes como batir de alas de palomas.

Un cuarto de artista. Muebles lujosos; lujosos cortinajes, sofás amplios, canapés que hacían alarde de su seda nueva y lustrosa. Sobre las sillas, sobre los sofás, sobre los veladores, libros y más libros, á la rústica y empastados á todo lujo, periódicos abiertos, paquetes sin romper aún la faja, revistas de cubiertas de colores rabiosos. Un desarreglo agradable.

En el fondo, sentado en una mesa, escribiendo presuroso, él, el poeta, el novio. Junto á la ventana del estudio, que caía al jardín, lleno de nueva vida, ella, la novia, la morena aquella de ojos ardorosos y labios llenos de besos.

El escribe. Y ella sabe que junto á él, guiando la pluma, tal vez besándole, está una rival, esa mujer que él llama *mi musa*. ¡Es tan mala! ¡Le roba los besos, le hurta á mansalva, las caricias que á ella por derecho le pertenecen! Y á cada momento le ve con ojos impregnados de tristeza, y cuando él, por casualidad, levanta la cabeza y la ve, le sonrío, con sonrisa húmeda de amor, sin que él, el ingrato, corresponda á esa demostración de cariño entrañable.....

.....Señorita: nunca os caséis con un poeta.....

ARTURO A. AMBROGI.

Rima

Las pruebas de ese crimen! No es posible que así me engañe sin temer mi enojo.
No me las dais? Entónces,
rudo mentís á vuestra faz arrojo!

Qué necio entonces fuí: hoy lo comprendo;
y cada vez que encuentro al franco amigo,
corro hácia él y doblo la cabeza,
y en mi interior aquel mentís! maldigo.

M. CABRERA GUERRA

Salmodia

¡ Ah las tiernas, las blancas doncellas
de nostálgicos ojos azúreos,
de cabellos de tinte de estrellas
y de edénicos labios purpúreos!

Las formadas de copos de espuma;
las que hacen pensar en los climas
de la nieve, del gris, de la bruma,
de las vagas, simbólicas rimas!

Esas frágiles, lánguidas flores
de los bellos jardines exóticos!
Las que encienden la fiebre de amores
en los pálidos bardos neuróticos!

Las que gustan de cuentos dolientes,
de románticas, tristes baladas....
y que besan con ojos ardientes,
y que miran con ígneas miradas!....

¡ Ah las tiernas, las blancas doncellas
de nostálgicos ojos azúreos,
de cabellos de tinte de estrellas
y de edénicos labios purpúreos!

Yo os adoro. Tenéis la belleza
de mi musa, la extraña, la errante,
la que alumbra mi negra tristeza,
con su lírico beso radiante!

DARÍO HERRERA.

¡ Stella mía!

Estrella de mi amor, blanca y divina,
Desde ese cielo ideal que te recata
Mándame un rayo de tu luz de plata,
Mírame, y mis nostalgias ilumina.

Estoy triste; mi espíritu declina;
Mano extraña las flores arrebatada
Del corazón, que aunque en silencio lata,
Siente el hierro que oculto lo asesina.

No me niegues tu luz, que es mi tesoro,
¡ Estrella de mi amor, estrella mía!
Brillas desde muy alto, y yo te adoro!

No tardes más, asoma, y de alegría
Se bañe el alma: tu piedad imploro.
¡ No retardes más tiempo mi agonía!

VICENTE ACOSTA

Vorrei Morir

Quiero morir cuando al nacer la aurora
Su clara lumbre sobre el mundo vierte,
Cuando por vez postrera me despierte
La caricia del Sol abrasadora.

Quiero, al finalizar mi última hora,
Cuando me invada el hielo de la muerte,
Sentir que se doblega el cuerpo inerte
Inundado de luz deslumbradora.

Morir entonces! Cuando el Sol naciente
Con su fecundo resplandor ahuyente
De la fúnebre noche la tristeza.

Cuando radiante de hermosura y vida,
Al cerrarme los ojos, me despida
Con un grito de amor Naturaleza!

JUANA BORRERO,
(Cubana.)

Invernal

Con ese paso adquirido en las grandes caminatas por el Broadway, llegó al fin del paseo. El amanecer frío de un día de invierno prendía sus gasas de luz sobre los almenados bastiones del castillo, y en la cercana estación de ferrocarriles, una locomotora resoplaba atrozmente.

Algunos coches, aun con los faroles encendidos, y envueltos los conductores en largos sobretodos, cruzaban por su lado, dejando adivinar en la confusa claridad del interior, alguien que volvía de una bacanal, soñoliento y demacrado.

Arriba, en lo alto de la muralla, un centinela recortaba rígido el cielo gris cubierto de nubecillas, á través de las cuales, un rayo de sol, tímido y enfermizo, las coloreaba débilmente.

¡Hacia un frío! Los transeuntes, caminaban con la cabeza baja y hundidas las caras en gruesas bufandas, desafiando los besos helados de tan inclemente aurora.

Y Jaime, con las manos en los bolsillos y un cigarro en la boca, caminaba siempre, mientras el aire rozaba su rostro, enrojeciéndole las mejillas y erizándole la nuca.

Artista y más que artista soñador, le preocupaba muy poco el cierzo glacial: él iba en busca de un asunto, de algo extraño; de alguna mancha de colores nuevos; quería encerrar esa alborada, huésped raro en un país de calor; quería para su cuadro el frío de ese amanecer y la melancolía del paisaje; los árboles mustios como si tiritaran; el Sol luchando con las nieblas; el paseo solitario cruzado apenas por atrevido caminante.

Allá abajo, lejos, muy lejos de la ciudad, más allá aún del castillo. Jaime se detuvo, sentía el galope de caballos y el trepidar de carruajes. Y como un turbión envuelto en el polvo del camino,

desembocó sobre el puentecito que cubre un río, el cochecillo blanco, último reposo de los niños, y atrás los carruajes de siempre.

Los niños y las flores mueren con la estación de las nieves, vuelan antes que el cierzo adormezca sus alitas ó quiebre sus tallos, se van lívidos, blancos, sin sentir, encerraditos en las tablas de su ataúd, cubierto de flores: sus hermanas. Séres sin alma, débiles en sus cuerpecitos, como en sus tallos.

Jaime veía cruzar á paso de carga el triste cortejo, con los cocheros, amoratados, y los caballos lanzando columnillas de humo por sus inquietas narices, cuando cerca de él, casi á su espalda, oyó decir con acento entre dulce y moribundo:

— Pobrecito, se fue... ¡cómo lo sentirá su madre!

Se volvió y junto al tronco de un árbol, queda, muy quedita, estrechando contra sí un mendrugo de pan, envuelta apenas el tísico pecho en ripios de mantas, una niña, casi un ángel, miraba con ojos desmesuradamente abiertos, ojos agrandados por el hambre, castañeteando de frío, estrechándose contra el rugoso tronco, buscando quizás en la áspera corteza el calor de un seno amante, aliviando quién sabe, con la sensación de un objeto, la carencia de la madre muerta, mientras que en su alma pequeñita y enfermiza, encontraba una frase grande, hermosa para compadecer al otro niño, al que se fue, al que sería muy pronto su compañero de otra vida, cuando el hambre ó las fiebres hincaran el diente en su macilento cuerpecito, tembloroso y demacrado....

Jaime volvió la cara, y allá en el horizonte, el Sol, viejo y gruñón había extendido uno de sus rayos sobre la fortaleza, arrancando un relámpago de luz á la bayoneta del centinela, que envuelto en largo abrigo recortaba el gris del cielo en aquella mañana de un triste día invernal, y con las manos en los bolsillos y chupando nerviosamente el cigarro, se volvió á la ciudad, encontrado ya el asunto sencillo, pero hermoso, de un ángel que compadece á otro ángel.....

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS

Los funerales del Sol

A Víctor Jerez

El crepúsculo. Honda angustia acongoja á los cielos: ha muerto el Sol. No paró mientes en la proximidad del mar y de pronto vió que caía en él sin poderse contener. ¡Ha muerto el Sol! ¡El rey de la luz se ha ahogado! Las naves levantan al cielo sus antenas en actitud de viudas dolientes que oran por el alma del esposo difunto. Corporaciones de nubes acuden al entierro del Rey Sol. Esas blancas son coros de vírgenes que van á poner albas rosas en su

tumba, el color amarillo que las perfila es el oro de sus rubios cabellos. Aquellas pardas que avanzan lentamente son caducos hermitaños que van á recitar ante la fosa sus gangosas oraciones. La nube de brillos acerados está formada por la mesnada de un caballero de Malta que va á formar la guardia de honor: por eso ha bruñido las alabardas y las cotas. Aquella nube que avanza mostrando un barajamiento de combas, estrias y colores: el rojo y la gualda, el verde y la púrpura, es una corte medioeval con sus damas, menimas y pajes; sus bufones, juglares y trovadores; sus doseles, penachos y oriflamas; que se trasladan en confusa banda para asistir á los funerales del Sol.

Empieza la fúnebre ceremonia. El mar, con enronquecida voz, canta el *Miserere*. De las naves de guerra disparan el cañonazo del crepúsculo; las cigarras entonan su monótona elegía; tocan á oración los templos y las gentes se descubren. Un incógnito sepulturero arroja grandes paletadas de sombra en la regia tumba y, poco después, cuando la tiniebla lo envuelve todo, surge por el oriente la Luna. Es la lápida que una larga caravana de estrellas conduce á la tumba del Sol. Sólo los poetas pueden descifrar el epítafio cabalístico, escrito en su marfilina superficie.

CLEMENTE PALMA

Con pretexto de "María"

Este es un libro que yo guardo en el estante honrado de mi humilde biblioteca, junto á la *Magdalena* de Sandeau y los *Cuentos* de Carlos Dickens. Este es un libro que leeré á mis hijos, cuando les tenga, y que ha pasado ya por las manos de mi novia. Este es un libro casto, un libro sano, un libro honrado.

Me parece que ya ha corrido muchos años desde que lo leí por primera vez. Fue en el jardín de una hacienda, á la hora de la siesta, bajo el nogal hospedador, donde anidaban tantos pájaros cantores. La tarde fué cayendo, y los rayos del sol en el poniente teñían de color de rosa la nieve de los volcanes. Apenas se veía. Hasta el lugar en que yo estaba, tendido indolentemente sobre el musgo, llegaba el balido de las ovejas que volvían á sus rediles y el retintín de las esquilas. Los bueyes mugían entrando á sus establos, y los peones, sudorosos y cansados, regresaban al caserío. De cuando en cuando dejaba el libro abierto sobre el césped, y veía el cielo azul, color de "no me olvides." Luego, acabó la luz, volví á la casa, y á la indecisa claridad de un gran velón, terminé la lectura. Nadie estaba en la sala: era víspera de una solemne fiesta religiosa, y amos y criados habían ido á la capilla para adornar los altares y confesarse con el padre cura. El jardín olía á flores nuevas y la casa á incienso. Dios estaba allí.

Me parece que ya han corrido muchos años,

Acaso nunca volveré á la quietud reparadora de aquel campo. Tal vez no vuelva á leerte, pobre libro! Ya estás viejo; tu pasta se ha desteñido; muchas de tus hojas tienen dobladas una de sus puntas y hay en los márgenes de otras, apuntes, fechas, nombres, versos manuscritos y figuras dibujadas con lápiz. Así trato los libros que más quiero. Pero allí estás, en el estante honrado de mi humilde biblioteca, junto á la *Magdalena* de Sandeau y los *Cuentos* de Carlos Dickens. Me hablas de ese horizonte soberano que divisaba desde el jardín en donde te leí; del silencio sonoro que reina eternamente en ese valle; de la capilla con sus blancos cirios y sus flores frescas y sus imágenes toscamente esculpidas; del amplio confesionario á donde iban, con los ojos húmedos y la voz compunjida, las devotas penitentes; del rosario, rezado en común poco antes de la cena; de aquella calma, de aquella serenidad, de aquel contento; de la mujer que más he amado y de las horas en que más he creído! Tú fuiste el único libro que leí en aquellos días, si no es un libro la naturaleza, y otro libro, más admirable aún, el corazón.

En varias ocasiones he querido leer de nuevo la historia de *María*. Ocúrreme, sin embargo, lo que pasa tal vez á los avaros, cuando presumen que alguien abrió sus cofres y les robó su oro. El hombre avaricioso, pálido de emoción, mira los cofres entreabiertos y no se decide á levantar la tapa para cerciorarse de si ya el robo se ha verificado. Pues así pienso yo cuando toco ese libro que, á manera de urna, guarda tantos recuerdos de cariño. ¿Se habrá evaporado la esencia? ¿Volveré á sentir las tiernas emociones que me produjo su lectura? No quiero conocer la huraña realidad; no quiero sujetar entre mis dedos las alas de la mariposa, desmenuzando su polvillo de oro. Las sensaciones mudan, el criterio varía, los años pasan; tal vez el rostro de la mujer que amamos está ajado por la vejez, pero el corazón terco no quiere creer en esas lógicas mudanzas, y los ojos del alma siguen mirando hermosa y joven á la pobre mujer cuya sedosa cabellera ha encanecido y cuyo cutis de durazno han arrugado los años. No veéis á la novia de ha veinte años, sino queréis perder las delicias del recuerdo. No leáis el libro que tradujo tan bien el poema de vuestros primeros amores.

No sé si ha dicho alguno, ó lo digo yo ahora, que la música encanta porque ponemos en ella nuestros propios sentimientos. Con efecto, lo que nosotros queremos oír es lo que oímos. Una misma armonía aumenta nuestra tristeza si estamos tristes, ó nuestro regocijo, si la alegría nos baña el alma. Las notas son como cápsulas huecas, en las que ponemos la miel de lá dicha ó el ajeno del dolor.

Pues cosa parecida á esto que digo de la música, puede también decirse de "MARÍA". Es un libro que poco ó nada significa para aquellos que no saben leer entre las líneas, esto es, en el cora-

zón. Como pintura de la tierra americana, posée, es verdad, grandes bellezas; pero estas ya estaban comprendidas en la oda milagrosa que escribió don Andrés Bello, y en muchas otras piezas peregrinas de la literatura americana. Quien busque tales excelencias en el libro, puede ocurrir, si es por ventura artista, á los pintores; si es hombre de ciencia, á los tratados de botánica y á las obras de historia natural. Todo eso no es más que el paisaje, el cuadro, el marco. Si buscáis el idilio, el drama y el poema, bajad á vuestro mismo corazón. Ahí está de seguro otra *María* tan hermosa como ésta y que se le parece mucho, como se parecen todas las estrellas.

Por eso leemos con deleite la obra del narrador americano. No le leemos á él: nosotros mismos nos leemos. Y como la memoria es siempre un libro nuevo, cada vez encontramos detalles más delicados y episodios más tiernos en la sencilla historia de esas dos buenas almas, que se aman, que sufren y se mueren.

Cuando me han dicho algunos aristarcos que Núñez de Arce plagió á Isaacs, en su famoso "Idilio", he soltado á reír. De ese modo plagian todas las aves que se abrevan en la onda azul del mismo arroyo y vuelan en la misma atmósfera y ven el mismo cielo. El amor es monótono. Desde que el mundo es mundo, los hombres no han encontrado para expresarlo más que esta sola frase: ¡te amo!

Lo que constituye cabalmente el mérito peregrino de "*María*", es la llaneza de la fábula. Ese es un libro que todos habríamos escrito, si tuviéramos tanto talento como Jorge Isaacs. No encierra nada extraordinario; es la historia de los amores inocentes, la novela mía, la de usted y la de todos. El autor no puso de su cosecha propia más que el hilo dorado con que ciñe y cose esas palabras y esos episodios que ha dicho y ha sufrido. Lo demás viene de arriba y su autor es Dios.

Producir un sacudimiento de terror trágico, es más fácil que enternecer. Cuando se logra esto, se ha encontrado la juntura de la coraza por donde va la espada al corazón. En la novela de Jorge Isaacs, no hay gran esfuerzo de imaginación; pero las almas buenas lloran al leerla, como si Efraín fuera su novio y María su hermana. La verdad es que lloran por sí mismas: esas escenas y esas frases son el perfume de una cabellera que nuestros dedos ya no pueden despeinar, y las notas de un vals que se escuchó hace muchos años.

Hay mucho propio de nosotros en la historia de esos pobres enamorados. Es un libro nuestro.

Y todo en la novela ocurre fácilmente.

"Como la noche llega si la luz se vá."

¡Así se ama y así se muere! No hay complicaciones ni engranajes intrincados. Esa máquina es tan sencilla como la máquina que más á menudo se rompe: el corazón. Sería vano también buscar en la novela un minucioso análisis psicológico. ¿Para que? Basta narrar los hechos: el lector ha hecho ya el análisis y lo pone

por su cuenta. Estas cosas jamás pueden explicarse: se sienten y se ven.

Hablando de *María*, podría decir perfectamente aquella frase que Sainte Beuve aplicaba al soneto: "es una lágrima dentro de una gota de rocío"

Si buscáis un examen más prolijo, no queráis pedírmelo. Ya he dicho que no he vuelto á leer la historia de *María*. Hubiera necesitado apercibirme á esa lectura, como los niños se preparan para hacer la primera comunión. Cuando tenga una casa, y en la casa una cuna y en la cuna un niño, volveré á deletrear en mi corazón, quiero decir, volveré á leer la historia de *María*. Ahora no: estoy muy lejos de los ojos negros que es como quien dice: estoy helado en la noche inacabable del Polo Norte. Pero tengo los ojos vueltos al cielo, guardando la postura de esos cadáveres egipcios que enterraban de cara al Oriente en espera de la resurrección; y cuando luzca el sol, leeré de nuevo el libro casto de mi adolescencia. Por ahora lo guardo en el estante honrado de mi humilde biblioteca, junto á la *Magdalena* de Sandeau y los *Cuentos* de Carlos Dickens.

En otro armario veo la pasta vinosa de *Naná* y la cubierta negra de Musset. Esparcidos en mesas y sillones, yacen los ejemplares de la novela encanallada. Mientras no salgan estos de mi gabinete, *María* no volverá; como la esposa permanece ausente mientras no se despide la querida.

¡Pobre libro! Tus páginas son blancas como los azahares, como el vestido de la novias y como el cutis de los niños rubios! Ya tengo sed de leerte. Es la sed que se siente cuando se ha bebido mucho vino. ¡Cuánto bien hace entonces un humilde vaso de agua!

¡Dios mío! ¡Cuándo leeré la historia de *María*?

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

Nota

CAFÉ Y RESTAURANT.—Se ha abierto uno magnífico en la antigua calle del tranvía, en la casa de altos de don Federico Castañeda. Sus propietarios son los señores Rossi y Casco.

Hemos visitado el nuevo esiablecimiento y hemos visto cómo el servicio es presto y aseado, las comidas sabrosas, los licores y los vinos exquisitos y la amabilidad y educación de los propietarios inmejorable.

Imprenta Nacional.